

Cajal y el movimiento regeneracionista

F. López-Muñoz, A.L. Carbonell

Departamento de Histología. Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid

(Rev Med Univ Navarra 1996; 40: 41-44).

El Desastre colonial del 98 fue, tal vez, el hecho histórico que más contribuyó a relegar los tópicos sociopolíticos españoles arrastrados desde los Austrias y torpemente enmascarados durante la Restauración. Como muy bien apunta Tuñón de Lara (11) no es apropiado hablar de una Crisis del 98, en tanto en cuanto el sistema político previo constituía por sí solo toda una crisis. El verdadero detonante de esta situación precrítica larvada desde la Guerra de la Independencia es la derrota naval de Cavite y de Santiago frente a la Armada americana. El 12 de agosto de 1898 el gobierno español firmó un armisticio con Estados Unidos cuyas tropas tomaron -además de Cuba- Manila y Puerto Rico, tras una breve guerra en la que apenas perdieron 300 hombres. Ya en su vejez, don Santiago escribe al respecto: "En la guerra con los Estados Unidos no fracasó el soldado, ni el pueblo (que dió cuanto se le pidió) sino un gobierno imprevisor, desatento a los profundos e incoercibles anhelos de las colonias, e ignorante, tanto de las codicias solapadamente incubadas como del incontrastable poderío militar de Yanquilandia" (5).

Con el Tratado de París, firmado por Montero Ríos el 12 de Diciembre de 1898, el gobierno español renunció a todos sus territorios de ultramar y quedó definitivamente dilapidado el Imperio de España. Muy apropiado al respecto es el comentario de Royo Villanova en "Blanco y Negro", quien, refiriéndose a la firma del Tratado, ironiza: "¿Que es lo que ha ocurrido el día 10, el sábado pasado?. Pues nada, que como era sábado nos dieron el jornal: veinte mil dollars, ni un ochavo menos, y en seguida nos borrarón de las listas en América, en Oceanía, en Asia, casi en Africa y por poco en Europa" (10).

Económicamente, la pérdida de las colonias apenas afectó a la industria peninsular (salvo a la industria textil catalana y a los harineros castellanos), por lo que no se puede hablar de una crisis económica subsiguiente

al Desastre (11). Lo que sí evidenció la derrota militar frente a EEUU fue la quiebra del sistema político imperante en la Nación: la situación de partidos políticos de turno, el dominio social del caciquismo, el orgullo de haber sido un gran Imperio colonial, el estado de guerra casi permanente durante todo el siglo. Así, el sentimiento popular engendrado por esta situación culmina en una verdadera crisis ideológica y de valores que terminará dando lugar a la renombrada Generación del 98.

Pero el 98 no es, en sí, la manifestación de una generación literaria, idea propuesta mucho más tarde por Azorín (1913). Se trata de "la ruptura de la hegemonía ideológica del bloque oligárquico" (11). Los verdaderos artífices del 98 no son ese grupo de geniales literatos (Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Machado,...) que aparecen simultáneamente en el mundo de la cultura y que compartieron las mismas posiciones, sino un conjunto de ideólogos, políticos, científicos y otros profesionales que asumen la situación de precrisis anterior al Desastre y se alinean después en una postura crítica común: La Regeneración.

Los regeneracionistas, cuyo líder indiscutible es Joaquín Costa, pretenden exhortar a la opinión pública sobre "los males de la patria" e imponer remedios pragmáticos en pro de su reestructuración. Además de Costa, cabe mencionar a Lucas Mallada, Ricardo Macías Picavea, Santiago Alba, Rafael Altamira y, cómo no, a nuestro insigne histólogo Santiago Ramón y Cajal. Además de compartir los mismos postulados sociopolíticos y de ser casi paisanos, Costa y Cajal mantenían una fraternal amistad. Cajal calificaba al sociólogo de Graus como "el clarividente profeta señero del patriotismo cultural español" y "el apóstol de la europeización española", mientras que éste llamaba a nuestro Nobel "el primer filósofo de su tiempo" (3).

Cajal recibió la noticia del Desastre colonial mientras veraneaba en el madrileño pueblo de Miraflores de la Sierra, junto a la familia de su gran amigo, el anatomista Federico Olóriz. Recuerda nuestro sabio que "cayó como una bomba la nueva horrenda y angustio-

sa de la destrucción de la escuadra de Cervera y de la inminente rendición de Santiago de Cuba" (6). Este hecho sumió a Cajal en "un profundo desaliento", que le hizo abandonar la redacción de un trabajo sobre las vías ópticas y los entrecruzamientos nerviosos. "¿Cómo filosofar cuando la patria está en trance de morir?" se preguntaba el Maestro (6). La desazón ocasionada por la caída de Cuba llevó a Cajal, tras un periodo de reflexión personal, al mundo de la política, integrándose en la "vibrante y fogosa literatura de la Regeneración" (3). Clara manifestación de este periodo fueron las apasionadas "charlas" de su tertulia del Café Suizo, donde políticos, periodistas, escritores, médicos y distintos profesionales liberales no daban tregua en sus críticas al gobierno (3).

Aunque existían tímidos precedentes como el libro "Los males de la patria" (1890) del ingeniero Lucas Mallada, el artículo "Sin pulso" publicado por Silvela en el diario "El Tiempo" (16 de Agosto de 1898) o el Manifiesto del General Polavieja (1 de Septiembre de 1898), el verdadero movimiento regeneracionista se inicia el 18 de octubre de 1898, cuando el periódico "El Liberal" de Madrid comenzó a publicar una serie de artículos y entrevistas a distintas personalidades del Estado bajo el título general de "Habla el País". Sería Joaquín Costa el primero en asumir el reto. Ocho días después, tras los grandes prohombres de la política, le tocó el turno a Cajal, quien propone una regeneración educativa, cultural y científica. Concluye nuestro sabio:

"Hemos caído ante los Estados Unidos por ignorantes y por débiles. Eramos tan ignorantes, que hasta negábamos su ciencia y su fuerza. Es preciso, pues, regenerarse por el trabajo y por el estudio.

"Hoy sólo son toleradas las naciones débiles, a condición de que en ellas se rinda culto a la ciencia. Hagamos como Bélgica, Holanda y Suiza. Abandonemos todo sueño de conquista, todo pensamiento de grandeza militar. Reconozcamos que ya no servimos para eso. Trabajemos.

"Porque si no, se nos sacrificará. Y no se nos sacrificará en nombre de ningún principio moral, sino en el de una regla egoísta, tácitamente aceptada por todos los pueblos superiores y aplicada sobre todas las naciones primitivas de Asia y Africa: la de considerar como ilegítimo el derecho a la vida de toda raza que no haya colaborado al progreso científico y que no haya sabido, en virtud de esta colaboración, fuente, como hemos dicho, de riqueza y bienestar, hacerse estimar y respetar de las demás naciones" (7).

El 13 de Noviembre del mismo año, la Cámara Agrícola del Alto Aragón celebró en Barbastro una Asamblea Nacional de Productores con objeto de organizar una Liga Nacional que hiciera frente al Desastre colonial. Reunidos con tal motivo en el Ateneo de Madrid numerosos intelectuales y clases económicas del país, nació el famoso Manifiesto redactado por Costa y firmado además por prestigiosas figuras de la cultura nacional como Vital Aza, Altamira, Tomás Bretón, Unamuno o los doctores Federico Rubio y Ramón y Cajal (11).

El año 1900 es para nuestro sabio un año de premios y agasajos. Se le concede el Premio Internacional de Moscú, la Gran Cruz de Isabel la Católica y la de Alfonso XII y es nombrado Consejero de Instrucción Pública. En este marco de reconocimiento general es homenajeado en la Facultad de Medicina de Madrid. En el discurso pronunciado por Cajal con tal motivo no pierde ocasión para proclamar su praxis regeneracionista. Dice el gran histólogo: "Hoy más que nunca urge este supremo llamamiento al heroísmo del pensar hondo y del esfuerzo viril. Me dirijo a vosotros, los jóvenes, los hombres del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos la patria se ha achicado; pero vosotros debéis decir: 'A patria chica, alma grande'. El territorio de España ha menguado; juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual. Combatamos al extranjero con ideas, con hechos nuevos, con invenciones originales y útiles. Y cuando los hombres de las naciones más civilizadas no puedan discurrir ni hablar en materias filosóficas, científicas, literarias o industriales, sin tropezar a cada paso con expresiones o conceptos españoles, la defensa de la patria llegará a ser cosa superflua; su honor, su poderío y su prestigio estarán firmemente garantizados, porque nadie atropella a lo que ama, ni insulta o menosprecia lo que admira o respeta" (8).

El movimiento regeneracionista llega a su culmen en 1901 cuando el infatigable Costa organiza de nuevo en el Ateneo de Madrid un Coloquio-Información bajo el título de "Oligarquía y Caciquismo, como forma actual de gobierno en España". Fueron invitadas 171 personas representantes de todos los ámbitos de la vida nacional (política, periodismo, Universidad,...). Además de Cajal, defendieron sus ponencias, entre otros, Unamuno, Pi y Margall, Azcárate y Pardo Bazan. Don Gumersindo de Azcárate definió al caciquismo como "feudalismo de nuevo género... y por virtud del cual se esconde, bajo el ropaje del gobierno representativo, una oligarquía mezquina" (11). Para Aguado Sánchez se trataba de un "montaje político de mentali-

dad aldeana, mediante el cual una reducida oligarquía intervenía normal y extralegalmente en la elección de cargos públicos, a los que después, por añadidura, dirigían desde la sombra” y para lo cual recurrían a todo tipo de ardidés: “desde la compra de votos a la coacción directa de los electores, pasando por la votación masiva de los muertos y la falsificación de las actas” (1). Dice Cajal en su informe para el Coloquio: “El desarrollo de la ciencia y de la industria, la política hidráulica, tan elocuentemente defendida por Vd.; la mejora de los procedimientos de la agricultura y de la ganadería, fomentarán la prosperidad nacional, la cual suscitará el bienestar y la instrucción de los humildes, traerá una conciencia más clara de los deberes sociales y desarrollará el sentido político, hoy casi enteramente adormecido” (2).

Es pues, don Santiago, un librepensador plenamente comprometido con el movimiento regeneracionista y copartícipe de casi todos sus postulados. A su crítica social no escapa el sistema político y su sustrato sociológico (el caciquismo): “La definitiva desaparición del cacique (en caso de ser realizable) será la obra del tiempo y de la cultura nacional” comenta en el Coloquio del Ateneo junto a Costa (2). Tampoco escapa a su crítica, al igual que para el resto de regeneradores, la exaltación de un pasado histórico glorioso en hechos de armas y victorias militares. Precisa que “se debería volver a escribir la Historia de España para limpiarla de todas esas exageraciones con que se agiganta a los ojos del niño el valor y la virtud de la raza. Mala manera de preparar la juventud al engrandecimiento de su patria es pintarle ésta como una nación de héroes, de sabios y de artistas insuperables” (7). Merece la pena transcribir a este respecto, un pensamiento del Maestro publicado en su librito “Charlas de Café”. Afirma: “Los males inveterados de España, señalados en parte por Mallada, Macías Picavea, Costa, Ortega Gasset (sic), Grandmontaigne, Unamuno, Maeztu, Azorín, Sainz y Rodríguez, Giménez Caballero y otros, obedecen, a mi ver, a tres condiciones principales: 1ª, a que cada institución o clase social se estima como un fin y no como un medio, creciendo viciosa o hipertróficamente a espensas (sic) del Estado; 2ª, a que, salvo contadas excepciones, nadie ocupa su puesto: los altos cargos políticos, militares y administrativos se adjudican a gentes sin adecuada preparación, con tal de pertenecer al partido imperante, por donde adviene su rápido desprestigio; 3ª, a que cualesquiera que sean los fracasos e inmoralidades de los poderosos, jamás se les inflige ninguna sanción, ni aún la del ostracismo. Sólo

en la desventurada España, según se ha repetido hasta la saciedad, se da la monstruosa paradoja de galardonar con ascensos las derrotas, imprevisiones e insensateces de los próceres de la política o de la milicia” (9).

Sin embargo, es en el ámbito cultural y científico donde la figura de Cajal despunta sobre el resto de ideólogos regeneracionistas. “Tan digno de loa es quien se bate con el fusil como el que esgrime la pluma del pensador, la retorta o el microscopio” apunta el científico (8). Posteriormente, Marañón puntualiza en este sentido: “¡Cuánto más hizo Cajal por la renovación cultural y la regeneración social de España que los otros hombres del 98!” (3). En su artículo de “El Liberal” propone el histólogo una serie de remedios a los males culturales patrios: el abandono de la prepotencia guerrera española, la renuncia a la apropiación de ideas y técnicas extranjeras como insuperables o definitivas, la renuncia a la tendencia grandilocuente de la raza hispana, traer sabios insignes a nuestro país, promover la concesión de becas y pensionar estudios fuera de nuestras fronteras, potenciar las bibliotecas y dotar suficientemente los laboratorios. Pero ante todo “crear ciencia original en todos los órdenes del pensamiento” (7).

No obstante, existe un aspecto de la filosofía regeneracionista que no es compartido por el aragonés (al igual que por otros regeneradores como Unamuno o Jaime Vera): el papel del pueblo llano en la renovación de la patria. Costa y el resto de regeneradores consideran al pueblo “menor de edad”, falto de protagonismo histórico y necesitado de tutores que encaucen su porvenir. Baste el comentario del krausista Altamira en la Universidad de Oviedo: “El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura” (11). Don Santiago permanecerá siempre fiel a su origen humilde y jamás perderá su confianza en el pueblo, quien “siempre da lo que se le pide”. En este aspecto está mucho más próximo a las manifestaciones del Dr. Vera: “Hundida la patria en simas más hondas que hoy, ha renacido por el vigor del pueblo. En él es donde han de buscarse vírgenes energías; por él, contra los errores y horrores de la política tradicional, está asegurada la perennidad de la familia española sobre la faz de la tierra” (12).

El paso del tiempo y la evolución ideológica personal de nuestro Nobel le hicieron autorrecriminarse algunos postulados de su época regeneracionista. Escribe en sus “Recuerdos de mi vida” refiriéndose a sus

declaraciones de antaño: "Me disgustan algunas recriminaciones exageradas o injustas, el tono patriarcal y autoritario, impropio de un humilde obrero de la ciencia" (6). En realidad, y el propio sabio fue consciente de ello, toda la praxis de la Regeneración sólo era leída y debatida por personas que compartían los mismos puntos de vista y no precisaban, pues, ser convencidas. "¿Triste es reconocer que la verdad no llega a los ignorantes porque no leen ni sienten, y deja fríos, cuando no irritados, a los vividores y logrerros!" afirma el histólogo (6).

Pero Cajal, aunque preocupado constantemente por el engrandecimiento cultural de la patria y la regeneración de las instituciones y de la clase política, pronto comprendió, y esta es su gran lección, que la mejor forma de regeneración social era el trabajo diario (4) ("... recobrado el equilibrio me incorporé al tajo con el antiguo ardor" dice en sus Recuerdos (6)). Serán sus discípulos, sus largas horas en el laboratorio y su ciega fe en el desarrollo de la ciencia microscópica, los verdaderos motores de su 'Pasión por España'.

BIBLIOGRAFIA

1. Aguado Sánchez F. Historia de la Guardia Civil. Tomo 3: La Guardia Civil en la Restauración y la Regencia (1874 - 1907). Cupsa Editorial, Editorial Planeta. Madrid, 1984.

2. Costa J. Obras Completas. Tomo II: Oligarquía y Caciquismo. Guara Editorial. Zaragoza, 1982.

3. Lewy Rodríguez E. Santiago Ramón y Cajal. El hombre, el sabio y el pensador. CSIC. Madrid, 1987.

4. López Muñoz F. La guerra de Cuba y el desastre colonial español en la figura de Santiago Ramón y Cajal. Guardia Civil, 1992; 577:78-80.

5. Ramón y Cajal S. El mundo visto a los ochenta años. Memorias de un arterioesclerótico. Austral-Espasa Calpe. Madrid, 1960.

6. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. Imprenta de Juan Pueyo. Madrid, 1923.

7. Ramón y Cajal S. Sobre la guerra de Cuba. "El Liberal", 26 de Octubre de 1898. Hemeroteca Municipal de Madrid.

8. Ramón y Cajal S. 'A patria chica, alma grande'. En: La psicología de los artistas. 3ª edición. Austral-Espasa Calpe. Madrid, 1972.

9. Ramón y Cajal S. Charlas de Café. Pensamientos, anécdotas y confidencias. 5ª edición. Librería Beltrán. Madrid, 1947.

10. Royo Villanova L. "Blanco y Negro", 17 de Diciembre de 1898. Hemeroteca Municipal de Madrid.

11. Tuñón de Lara M. España: la quiebra del 98 (Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo). Sarpe. Madrid, 1986.

12. Vera J. Ciencia y proletariado. Madrid, 1973.

BIBLIOGRAFIA GENERAL SOBRE RAMON Y CAJAL

Albarracín Teulón A. Santiago Ramón y Cajal o la pasión por España. Labor. Barcelona, 1978.

Cannon DF. Explorer of the human brain. The life of Santiago Ramón y Cajal (1852-1934). H. Schuman. New York, 1949.

Durán Muñoz G y Alonso Burón F. Ramón y Cajal, I. Vida y obra, II. Escritos inéditos. Ed. Científico-Médica. Barcelona, 1984.

Jiménez de Asua F. El pensamiento vivo de Cajal. Losada. Buenos Aires, 1941.

Lewy Rodríguez E. Así era Cajal. Austral-Espasa Calpe. Madrid, 1977.

López Piñero JM. Cajal. Salvat. Barcelona, 1988.

Ministerio de Educación y Ciencia. Expedientes administrativos de grandes españoles, II. Santiago Ramón y Cajal, 1852-1934. Secretariado de publicaciones del Ministerio. Madrid, 1978.

Oliva Aldamiz H. Cajal y Anatomía Patológica española, una historia compartida. Salvat. Barcelona, 1984.

Ramón y Cajal L. Como era y como no era Ramón y Cajal. Cambio 16, 15:22. Octubre 1984.

Ramón y Cajal S. Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad. Austral-Espasa Calpe. Madrid, 1991.

Río-Hortega P. El maestro y yo. CSIC. Madrid, 1986.

Zamorano L. Discurso pronunciado en el acto de exaltación de Cajal en la Facultad de Medicina de San Carlos. Noviembre de 1973.